

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 15, 5-12.17-18): *Mira al cielo, y cuenta las estrellas.*

Salmo (26, 1bcde.7-9d.13-14): *«El Señor es mi luz y mi salvación»*

2ª lectura (Filipenses 3, 17 – 4, 1): *Somos ciudadanos del cielo.*

Evangelio (Lucas 9, 28b-36): *Ellos guardaron silencio.*

Difícilmente se puede expresar la vida humana, con sus dramas y posibilidades, sus tensiones y anhelos, como lo hacen las viejas narración con la que el Génesis nos inicia. A modo de historia, se nos va contando cómo es la vida humana y cómo debemos asumirla. La vida es tarea, es aventura, es riesgo y, siempre, salida hacia metas y proyectos en los que pueda hacerse realidad lo que no se es y se anhela.

Ya Adán es víctima de errar en ese anhelo por alcanzar lo inalcanzable. Abraham cuenta con la compañía y complicidad de Dios en su deambular por la vida buscándose y buscando lo que constituye la meta humana: Ser más de lo que en el presente nos sentimos. Alcanzar una tierra en la que vivir a lo grande. Construir una sociedad que parezca una gran familia, todos descendientes de un mismo padre que sea reflejo del Padre en cuyo corazón todos estamos.

La historia de Abraham es la expresión de nuestro anhelo. Ser lo que no somos y conseguir lo que no tenemos, todavía. Vivir bajo la inquietante búsqueda de una realidad que se nos escapa y que parece sembrar la duda sobre un futuro que pueda hacerla posible. Como el hijo que llenaría de satisfacción al patriarca, como la descendencia propia que heredaría lo conseguido.

El Evangelio nos da la respuesta a esa duda inquietante. En un ambiente de personas emblemáticas que recogen la historia de esa relación entre un hombre inquieto y un Dios demasiado aficionado al escondite, para lo que nos gustaría, Jesús invita a sus más íntimos a vivir por adelantado una experiencia que interioriza lo que es nuestro objetivo más deseado.

¿Dónde está nuestra felicidad? En saberse, sentirse y vivir como hijos. Nuestra transformación, nuestra “*transfiguración*” consiste en vivir como Jesús, como el hijo pródigo, como los hijos en casa de sus padres, como quienes se saben queridos, aceptados, perdonados y consentidos. La confianza filial, es decir, la confianza de los hijos con sus padres es la tierra de la felicidad, la añoranza buscada. Pero es duro y difícil el camino hasta lograr despojarse de la mentalidad legal y miedosa.

El pasaje evangélico de la transfiguración del Señor viene a ser una especie de oasis en medio de la Cuaresma. Es como una parada de respiro para repostar y tomar fuerzas para seguir adelante, con el mismo significado con que en la vida familiar o social se interrumpe la monotonía con celebraciones extraordinarias como los cumpleaños, aniversarios o simplemente fiestas laborales. El trabajo reclama descanso y las horas estelares sustituyen la monotonía ordinaria. **Tabor** arriba o **Tabor** abajo, la vida se desarrolla entre estas alternancias.

Para adentrarnos meditativamente en este episodio, necesitamos evocar el texto del domingo pasado sobre las tentaciones del Señor. Las tentaciones del desierto descubren el flanco humano de aquel hombre que siente hambre pero permanece fiel a la misión encomendada por Dios. La transfiguración, descubre el aspecto divino: el hombre que en el desierto defendió la fidelidad a la voluntad del Padre es su «*Hijo querido*» y nos es dado a todos como ejemplo de una conducta según Dios.

Y también aquí reaparece la fidelidad a la voluntad del Padre por cuanto, en medio de la “*gloria*”, hablan de lo que va a suceder en Jerusalén. *¡Hablaban de la pasión!* El camino de Jesús pasa por la pasión y si alguno desea seguirle debe ir por ese camino. Pero el camino de Jesús es realista, no catastrofista, porque al final espera la gloria del vencedor: la resurrección.

La vida de un seguidor de Jesús puede ser camino áspero, erizado de dificultades, pero nunca es fracaso. Y no es necesario inventar nada nuevo, basta fiarse de Él. Y marchar detrás de Él. Somos “*ciudadanos del cielo*” de donde nos viene la esperanza. Jesús transformará nuestra condición humilde según el modelo de su condición gloriosa, nos dice san Pablo (2ª lectura).

Todo sucede en la cima de un monte. Los montes tienen especial sensibilidad religiosa: el Moria de Abrahán, el Sinaí para Moisés y Elías, el Tabor y el Calvario para Jesús. Todos ellos son elegidos para excepcionales teofanías o encuentros con Dios. Para los apóstoles llevados al Tabor por Jesús, fue este momento de transformación el que marcó definitivamente su vida y permitió asegurar que no predicaban fábulas sino una verdad ratificada por la voz que oyeron estando en el monte santo.

Esa voz les proclama: «*Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle*». Aquí está el núcleo de la actividad cristiana. Creer que Jesús es Hijo de Dios, oír su Palabra y ponerla por obra. «*Es feliz el que oye el mensaje y lo pone por obra*» (Lucas 8,21).